

un singular embrollo de pan y flores; pero se interponia entre aquellos dos astros del mas celestial de los amores, el horroroso *inconveniente social*, el cuerpo opaco que tantas veces se interpone entre el cielo de las ilusiones y el mundo de las realidades..... una nebulosa fatal, en fin.....

¡Una levita vieja!.....

Si amores como aquellos pueden llamarse un poema, *transcurria* para aquellos desgraciados el primer canto, y quedaba *apuntado* y pendiente.

Podrá parecer increíble; pero aquel pobre muchacho, con su *prosa*, sus harapos y sus silbidos, habia venido á representar una especie de *registro* de papel viejo, con el cual se *apunta* en las primeras páginas de un libro nuevo.

Tenia su intervencion en el *negocio*; pero ella ni pudo creerlo.

Era, como quien dice, un pequeño ministro de aquellas incipientes relaciones.

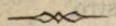
La jóven no lo sospechó.

La noche de aquel dia de flores, la muchacha se recogió temprano.

Los ramilletes continuarian la conversacion á solas en la sala, y nuestra solitaria, *tristona*, medio enamorada, y *rèveuse*, como diria un frances, desde las primeras horas de la noche se replegó en su lecho como una flor se replega en su cáliz.

Allí acarició, entre el clarooscuro de su recámara, millares de quimeras y esperanzas, sintiendo, castamente reclinado en sus brazos, no á un niño, pero tampoco á un hombre que entre ellos la profanara, sino que antes bien iba á identificarla con la figura poética y divina de su Virgen patrona.

Nuestra jóven, pues, se llamaba simple y buenamente: «Piedad.»



CAPÍTULO VI.

¡¡ESTA USTED INCONOCIBLE!!!

XXXIII.

Habia dicho Piedad las palabras *¡pobre muchacho!* no por cierto en el sentido en que todo el mundo dice *¡pobre gente!* refiriéndose á quien *está mal* y sufre las adversidades comunes de la vida; sino en el mismo sentido en que hubiera proferido la Jessy del bardo inglés un *¡my poor beloved Byron!* suponiéndolo muerto de dolor y de amores.

La fotografía producida en el cerebro de Piedad, no era por cierto la de un *moceton* entristecido y poco mas ó menos *impresentable*, sino la sombra enérgica, aunque fugitiva, de una especie de Lovelace de levita, todo *todo*, nada detalle.

Era, pues, preciso interesarse un poco por *aquello* que sin vacilar habia seguido sus huellas, y cuya empeñosa instancia habia ella podido observar, viéndola «sin responsabilidad» y *con el rabo del ojo*, mirada que solo es concedida á las mujeres, y sobre todo, á las mujeres *interesadas*.

Y luego, ¡con qué delicada viveza le había expresado la ternura de sus ocultos y nobles sentimientos!

Aquel ramillete *decía* mucho, mucho.

Aquel grupo de capullos poco distaba de convertirse en un adorable conjunto de niños, que volviendo hácia Piedad sus cabecitas sonrosadas y suplicantes, y haciendo de sus húmedos tallos pequeños brazos y pequeñas manos verdes, las juntaran en ademán suplicante y como diciéndole:—*¡Amalo!*

—Decididamente, —pensaba la jóven, —*este señor sabe mas de lo que le han enseñado.*

Y ella, sin creerlo, se hallaba en la misma condicion en que suponía á su amante.

Pero disimulaba su estado por no sé qué *no digan* que suele preocupar altamente á las muchachas enamoradas.

Y así pues, el pudor por un lado y una levita vieja por el otro, abrían un abismo en medio de ambos jóvenes.

Ella seguía cantando canciones *ad hoc*, á propósito para revelar sus sentimientos, qué sé yo si á los ángeles ó al vacío.

Él multiplicaba ocursos al Excelentísimo señor Ministro de Hacienda, pagando *de á cuatros* recortados y pesetas lisas á aquel andrajo de hombre, casi invisible, que se encargaba de conducir y colocar convenientemente multitud de ramilletes, todos de botones de rosa blanca.

Los encontraba Piedad, al despertar, en el *bureau*, al lado de su lecho, en la falda misma de su traje cuando iba á misa, en la mesa cuando se sentaba á comer..... en el tocador..... en el balcon!.....

Interrogó, riñó, cohechó á los criados.—Nada!

Jamás pudo aclarar con exactitud de dónde procedía aquel singular aluvion de rosas.

Imaginaba, pensaba hasta la fiebre, se exasperaba hasta el delirio..... ¡se volvía loca en fin!.....

El balcon no pudo probarle mas, sino que suele suceder algunas ocasiones que *todo pasa*, menos el amor.

Aquel amor, como otros muchos, no debía penetrar precisamente por el balcon y mediante la aquiescencia de *manita*, sino por la puerta y en virtud de la influencia del señor ministro de hacienda.

XXXIV.

Nuestro hombre pensaba en los *medios* mas reales posibles. Soñaba con Piedad, azuzaba sus esperanzas, se revestía de una extraordinaria fuerza de espíritu, y *¡adelante!* se decía, con el corazon lleno de valor y la cabeza cargada de proyectos.

Aquel *¡adelante!* era la idea inmediata anterior á esta otra: *Instemos; é instaba*, no á Piedad, valiéndose del papel rosa y perfumado, sino al ministro, y por medio de sellos, ya de á siete, ya de á cincuenta centavos.

Al menos, nuestro hombre, si se forjaba ilusiones, era en el fin, pero no en los *medios*.

El *ministro del ramo* llegó por fin á «parar mientes» en aquella série de instancias uniformes, idénticas y análogas como un interminable *Te rogamos, audi nos*.

Una tarde, á la hora del *anuerdo*, S. E., personalmente, tomó su respetable pluma, y puso al márgen del ocurso de Antonio el sublime, el consagrado, el inexplicable y lacónico *dése*.

Esa misma tarde (para explicarnos en el lenguaje oficial) «se libraron las notas relativas,» y al dia siguiente nuestro jóven, sacó de la Tesorería el derecho de pasar «como la gente» por la casa de su novia.

Compró levita, compró simpatía, decencia, aceptación social.

Al evadirse de aquella epidermis añosa, sintió algo parecido á lo que se sentirá despidiéndose de un pobre diablo de amigo viejo que ha divertido nuestras largas horas de marásmo contándonos contratiempos y *arranqueras*.

Cayó sobre el sillón de Antonio, doblando sus mangas é inclinando su cuello, con el mismo aplomo y languidez, con la palidez y el polvo de un mendigo que se desplomara cadáver, ahogado por la miseria.

Rindió, puede decirse, el último aliento.

Entregó su espíritu en manos de su dueño.

Antonio le dió un puntapié, casi con remordimientos. Al verse en el espejo, se irguió orgulloso y satisfecho.

—Al menos *así* soy gente!—dijo lleno de convicción.

Y pensó fugitivamente que «*así*» ¿qué tenía de particular que aquella muchacha, que tenía tan bonitos piés, tanto gusto para vestirse, &c., llegase por fin á corresponderle?

Le ocurrió que en esta vida, para llegar á conquistarlo todo, lo primero que se necesita en virtud de la lógica natural, es *presentarse*.

Él estaba ya *presentable*, y.....

¡Quién sabe, quién sabe hasta dónde su levita nueva podría llevarle de la mano!

Lo demás importaba poco.

¡Hay tantos hombres para quienes un traje decoroso viene á significar lo que los polvos de oro á las negras y amargas píldoras!.....

Cumpliendo ciertas condiciones de exterioridad, todo se pasa en esta vida.

Vestido ya, no vaciló.

Era preciso *pasar*; que lo vieran, que lo notara, todo el mundo.

¿Qué le importaba?

¿Quién podría oponerse ni dirigirle el menor reproche? ¡Estaba en su derecho!.....

Era un *muchacho decente*. Se «dirigia» á una señorita, y nadie podría sin ligereza vacilar sobre la pureza de sus intenciones.

Lo demás, la realización de sus más nobles y justificados deseos, sería un punto aplazable sin dificultad. Sería solamente una cuestión de tiempo.

Entretanto, nadie, absolutamente nadie tendría objeción alguna que hacerle.

Se presentaba *como todos*..... ¡Podía, pues, hacerse *esperar*!.....

¡No se conoce *uno* y *se trata*, y *se casa*!..... todo en una tarde!

¡Calma! ¡calma!

XXXV.

Antonio estaba *inconocible* con su levita nueva.

Era un *señor*. Pero no era ciertamente un tipo.

No se parecía *al de antes*, y *así* pasó por enfrente de los balcones de la casa de Piedad.

Con el cabello corto y un tanto rizado, el traje respirando decoro y la apostura trascendiendo á decencia, aquella calle, aquella casa, aquella *jóven en fin*, no eran para él objetos de una escandalosa violación.

Eran *compatibilidades* sociales y puertas abiertas para dejarle libre la entrada de las ilusiones y de los placeres.

Debia de *pasar*, y pasó.....

Pero ¡no era el mismo!.....

Piedad estaba en el balcón de la salita, y él la vió á lo lejos.....

— ¡Adelante! — dijo temblando y presa de una extraña lucha.

Aquel «adelante» no lo sopló por entonces la voz de la ternura entusiasta, sino la convicción de haber conquistado la *aptitud social* para presentarse en todas partes.

Siguió con la mirada fija en Piedad y la esperanza palpítandole en el corazón.

Casi se sentía tomado de la mano por su levita y arrastrado á una picante aventura, como si aquel vestido fuera un *amigote* atrevido, emprendedor..... calaveron.

Piedad estaba triste, distraída, casi hundida en un estado de perfecta abstracción.

No se fijó en él.

Antonio halló por conveniente no volver á pasar.

Habia en sus orejas y en su frente una llama de mortificación.

Se terció de la muerte por haber tenido la ocurrencia de pasar *tan nuevo*.

.....«Luego si no he pasado antes — dijo — luego se comprende que la causa ha sido *esto*».

Y al decir tales palabras, volviendo la esquina, se dió un furioso estrujon en el cuello de la levita.

— Debí de esperar hasta *usarme* un poco — añadió, suspirando bajo un acceso de melancolía.....

¡Tal suele ser la condicion de un hombre, que llega á identificar los accidentes de su persona y de su vida con los de la vida de su ropa!.....

Piedad tenia prendido entre sus cabellos un boton de rosa blanca.

— No va del todo mal — se dijo él al notarlo; — al menos comprende que es *amada en secreto*, y acepta este amor. Por lo menos no le desagrada.

En una de las calles inmediatas, un *quidam* se paró, solo para hacerle esta observacion:

— ¡*Está vd. inconocible!*

No añadió por qué.

Esto lo acabó de resolver á no pasar de nuevo sino despues de *usarse* un poco.....

Ya hemos pretendido probar que en ciertas circunstancias un hombre se identifica con su vestido, ó por lo menos que el vestido de un hombre suele significar para sus intereses en el mundo, un *antecedente*, propia y rigurosamente hablando.

Los sastres, estos fabricantes de epidermis, estos *confeccionadores* del brillante plumaje de mil singulares pájaros sociales; los sastres, decimos, aun no han comprendido toda la importancia de su mision en el mundo, y del verdadero papel que tienen que representar en la sociedad del siglo XIX.....